

nas de los palacios, que en distintas direcciones se encontraban.

Llegada una hora conveniente de la mañana, el caudillo español, queriendo cumplir con el deber de pagar la visita al soberano azteca, le envió un recado, solicitando pasar á saludarle á su imperial palacio. Moctezuma concedió inmediatamente la audiencia solicitada, y envió á cuatro de sus principales personajes para que acompañasen á Cortés á la régia morada.

El jefe castellano, acompañado de los capitanes Pedro de Alvarado, de Juan Velazquez de Leon, de Diego de Ordaz, de Gonzalo de Sandoval, vestidos con sus mas lucidos trajes, y de cuatro soldados, entre los cuales iba el sincero Bernal Diaz del Castillo, se dirigió, pocos momentos despues, á ver al monarca mejicano. Habia muy corta distancia del cuartel castellano á la real habitacion.

Hernan Cortés y sus compañeros llegaron al imperial edificio, que ostentaba veinte espaciosas puertas que daban á la plaza y á las calles. Al penetrar en el patio principal, igual en magnitud á otros dos que el edificio contaba, se sorprendieron de su capacidad y de su belleza. Una preciosa fuente, con millares de peces de diversos colores, se levantaba en medio, circunvalada de fragantes y delicadas flores. Espaciosas piezas, con techos de olorosas maderas, y graciosamente tapizadas con finas telas de algodón, se miraban al rededor. El general español, pasando los tres patios, cruzó varios salones y grandes corredores, donde se paseaban mas de seiscientos nobles y señores feudatarios, que desde muy temprano, y diariamente, asistian á palacio con el exclusivo objeto de acom-

pañar y estar dispuestos á desempeñar las órdenes del soberano. El pavimento de esos espaciosos salones estaba cubierto de finas esteras de palma; vistosas cortinas de brillantes plumas adornaban sus puertas; delicadas telas en que estaban pintados varios pasajes históricos, velaban las bruñidas paredes, y labradas vigas de cedro formaban los techos.

Mas de cien piezas de notable amplitud; considerable número de baños; ámplios departamentos, que formaban el serrallo del emperador, donde cuidadas por nobles matronas, de inquebrantable fidelidad, vivian, sin ser vistas mas que de su señor, las mas notables bellezas indias, hijas la mayor parte de nobles y de caciques; numerosas piezas para las mujeres, las esclavas y los criados; magníficas habitaciones con paredes de blanco mármol, bellas techumbres perfectamente labradas, tapizadas de ricas pieles y mosaicos de pluma, destinadas para alojar á los reyes de Texcoco y de Tlacopan; jardines, estanques y miradores, constituian el suntuoso palacio de Moctezuma (1).

Hernan Cortés y sus capitanes cruzaron los vastos salones, admirando, interiormente, la grandeza del monarca azteca, que les hacia recordar las bellas descripciones de los voluptuosos palacios orientales.

Al pasar, la nobleza que encontraba en su marcha se colocaba de uno y otro lado para que pasase libremente por en medio.

Al llegar á la sala de la audiencia, los personajes azte-

(1) En el primer tomo, desde la página 694 hasta la 710, puede ver el lector la descripción que hago de todo lo perteneciente á la vida de Moctezuma y sus palacios.

cas que le acompañaban se quitaron las sandalias y se cubrieron el rico vestido con una humilde manta para poder presentarse ante el soberano; pues á nadie sino á los de la familia real, les era permitido entrar calzados y con lujo á la pieza en que estaba el monarca. Descalzos y con los ojos bajos, sin levantar para nada la vista hácia su soberano, se presentaron, conduciendo á los españoles.

Moctezuma dió algunos pasos hácia Cortés para recibirle, le tomó de la mano, y haciéndole sentar, indicó á los capitanes y soldados que con él iban que tomasen asiento.

Pronto se entabló una conversacion animada, sirviendo de intérpretes en ella Marina y Gerónimo de Aguilar, que acompañaban á Cortés en todas las audiencias con los nativos. El monarca mejicano hizo algunas preguntas respecto del sistema de gobierno de los españoles, de la distancia á que se hallaba el país, de su clima, de sus producciones, de su industria, de sus costumbres y de otras varias cosas á que Cortés contestó afectuosamente, satisfaciendo su justa curiosidad. Al hablar de las costumbres, el general español supo hacer recaer diestramente la conversacion sobre el punto religioso, que era el objeto que ocupaba su pensamiento.

La conversion del soberano equivalia á la del país entero, que hubiera seguido inmediatamente su ejemplo, pues el pueblo no tenia mas voluntad que la del monarca. Cortés, deseoso de alcanzar aquella gloria, que la hubiera considerado superior á todas las conquistas, se propuso echar mano de toda su elocuencia y de todos los recursos de su oratoria para ver si lograba alcanzar su fin. Le habló de la existencia de un solo Dios, del misterio de la

Trinidad, de la creacion del mundo, de Adan y Eva, de la culpa de los primeros padres, de la Redencion del género humano, de los preceptos santos del catolicismo; comparó los sangrientos sacrificios de víctimas humanas inmoladas á los ídolos, con el santo sacrificio de la misa; pintó con los mas vivos colores la repugnante costumbre de comer en los banquetes la carne de los seres racionales, cuando todos los hombres no forman mas que una sola familia; y acabó suplicándole que abandonase la sangrienta idolatría, abrazando la religion humanitaria y salvadora del Crucificado.

Escuchó atentamente Moctezuma la religiosa prédica del caudillo español; pero la materia era demasiado profunda y delicada para resolver la cuestion en un momento. Por mucha que fuese la elocuencia del guerrero predicador, y por grande que fuese, como realmente era, su celo por la propagacion del cristianismo, no era posible que convirtiese, con un solo sermon, al hombre que habia heredado de sus antepasados las ideas idólatras, y que habia ejercido el sacerdocio antes de subir al trono.

Moctezuma contestó que respecto á la creacion del mundo, estaba conforme en que habia sido formado por un Ser Supremo; pero que por lo que hacia referencia á los dioses, aunque creia que el Dios de los cristianos era muy bueno y poderoso, buenos eran tambien los suyos, toda vez que á ellos debia el imperio su prosperidad y riqueza. Tampoco creyó malos los sacrificios. Segun él, los dioses eran dignos de que los hombres dieran por ellos la vida; y no encontraba censurable que les fuesen sacrificados los prisioneros, los niños y los esclavos.

Cortés conoció que era preciso mas número de conferencias para hacer perceptible la excelencia de la doctrina del Evangelio. Sin embargo, su prédica no fué del todo infructuosa. La pintura que habia hecho presentando los banquetes de carne humana como repugnantes y contrarios á la naturaleza, produjo su efecto. Desde aquel dia ordenó Moctezuma que no se sirviese en su mesa ningun plato de carne humana. Era mas de medio dia, y el general español creyó que era prudente no alargar mas la visita.

Terminada la conferencia, en que Moctezuma demostró muy buen juicio y claro talento, presentó, con su acostumbrada liberalidad, varias alhajas de oro, perfectamente trabajadas, á Hernan Cortés y sus capitanes, como señal de su estimacion, sin olvidarse de los soldados que con ellos iban, á cada uno de los cuales regaló dos collares tambien de oro, cuyo valor no excedia de diez duros, y dos cargas de finas mantas (1).

Agradecido el general español á las manifestaciones de aprecio del monarca azteca, expresó, en atentas frases, su reconocimiento. «El magnánimo soberano Moctezuma, dijo, tiene por costumbre honrarnos repitiendo sin cesar sus obsequios. Gracias, por todo; perdonad las molestias que os podamos causar, y marchad á comer, pues, segun tengo entendido, es la hora en que acostumbrais

(1) «E á nosotros los soldados nos dió á cada uno dos collares de oro, que valdria cada collar diez pesos, é dos cargas de mantas.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

hacerlo.» Moctezuma, lleno de amabilidad, contestó que la visita la habia recibido como un distinguido favor que agradecia en el alma (1).

Gratamente conmovidos los españoles con las sinceras demostraciones de profundo aprecio del bondadoso Moctezuma, se despidieron de él verdaderamente emocionados. Los capitanes, con la gorra en la mano, hicieron una profunda cortesía al retirarse, y Cortés le saludó con agrado y respeto.

Asombrados de la finura, buen trato, dignidad y magnificencia del soberano azteca, se dirigieron al cuartel, sin poder hablar de otra cosa que de la cortesanía y liberalidad del monarca azteca (2).

A profundas reflexiones se entregó Hernan Cortés al verse en su alojamiento. Se hallaba en el centro de una ciudad populosa; en el corazon de un poderoso imperio que dejaba ver por todas partes las evidentes pruebas de una civilizacion muy superior á la de los otros pueblos de la América que habia recorrido. La pintura que los tlaxcaltecas le habian hecho de la grandeza de la capital, estaba muy lejos de aproximarse á la realidad. Era ésta muy superior á aquélla. No era solo la grandeza material la

(1) Le dijo Cortés: «El señor Moctezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro, en hacernos cada dia mercedes; ya es hora que vuestra majestad coma; y el Moctezuma dijo que antes por haberle ido á visitar le hicimos merced.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(2) «Y nos fuimos á nuestros aposentos, é ibamos platicando de la buena manera é crianza que en todo tenia, é que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato.»—Bernal Diaz del Castillo.

que patentizaba el poder de la nacion, sino tambien la cultura que se notaba en la clase alta de la sociedad, y el adelanto en las artes que distinguia á la media. La visita hecha á Moctezuma le habia dado á conocer el respeto de los grandes al soberano, la subordinacion del pueblo y del ejército á sus respectivas autoridades, y la obediencia de todos al monarca; enlace sólido de la sociedad entera, que constituye la fuerza de las naciones. La notable disposicion de las espaciosas calzadas que conducian á la capital; la sólida y bella construccion de sus espaciosos palacios; el gusto y perfeccion con que trabajaban sus telas y sus alhajas; el adorno de sus habitaciones; la urbanidad de los magnates y nobles; la buena forma en los discursos; el respetuoso ceremonial de la corte; la actividad del comercio; el buen orden de sus mercados y el inmenso pueblo que cruzaba por las calles entregado á sus ocupaciones, le indicaban claramente los adelantos de la nacion azteca. Veia en los mejicanos los guerreros de mas nombradía en el Anáhuac, los conquistadores de un considerable número de naciones. Se encontraba en una vasta capital, edificada sobre un extenso lago, llena de puentes levadizos; y cada una de las calles podia quedar cortada por el agua en caso de hostilidad. Al mandato del soberano, los españoles podian verse completamente aislados en sus cuarteles; sin medios para pasar los canales que cruzaban en todas direcciones la poblacion; sin víveres; cercados de numerosos escuadrones, y obligados á rendirse ó perecer de hambre (1). Ciertamente es que el monarca azteca

(1) «Estaba tan fuerte esta ciudad, que parecia no bastar poder humano

habia reconocido el derecho del rey de España á la posesion del país y se habia declarado feudatario suyo; pero esto podia haber sido efecto de las circunstancias que habian excitado su supersticion religiosa. Si aquéllas se presentaban mas tarde favorables, podia creerlas como dispuestas por sus dioses, para vengar terribles ofensas, disponiendo la ruina de los extranjeros, armando el país entero para aniquilarlos.

Cierto es que en aquellos instantes eran vistos los españoles como enviados del dios Quetzalcoatl; pero fácil era que, pasado el error, el respeto se convirtiese en odio. Que la creencia de considerarles como herederos de los países que, segun la tradicion, habian sido gobernados por aquél, no descansaba en base en que Cortés debia confiar mucho, se advierte en la resistencia á dejar la religion idolátrica. A estar Moctezuma y el país absolutamente persuadidos de que eran enviados por su venerada deidad, no hubieran titubeado en admitir las doctrinas religiosas que, por medio de ellos, les recomendaba como salvadoras.

Si, pues, en lo religioso no se manifestaban dispuestos á abrazar los consejos de su dios, de suponerse es que se desentendiesen de la obediencia prometida á un monarca desconocido, y se rebelasen contra él en cuanto

para ganarla; porque además de su fuerza y municion que tenia, era cabeza y señorío de toda la tierra, y el señor de ella gloriábase en su silla y en la fortaleza de su ciudad y en la muchedumbre de sus vasallos.»—*Historia de las Indias*, MS.

viesen una coyuntura favorable para destruir á sus enviados.

Hernan Cortés preveía todas las eventualidades que podían surgir de la difícil posición que guardaba, y para prevenirlas, se propuso examinar detenidamente la ciudad, visitando sus principales puntos y edificios.

Veía á una nación en ese término medio de la civilización, mas inferior, es verdad, á la de los pueblos de la Europa; pero muy superior á la de los otros del Nuevo Mundo.

Aunque el caudillo español se había formado una idea bastante clara del estado próspero y fuerte de la capital, quiso, para obrar con el acierto necesario en el caso de un conflicto, estudiar detenidamente los recursos de ella, sus sitios principales de defensa, la anchura y profundidad de los canales en las calles que conducían á las calzadas, y cuanto exigía la ciencia militar del deber de un experto general.

Cuatro días llevaba el ejército español de haber llegado á la corte azteca, cuando Hernan Cortés, deseando hacer un provechoso reconocimiento, solicitó de Moctezuma el permiso de visitar el gran *teocalli*, los palacios reales y los edificios mas notables de la ciudad. El emperador mejicano, cifrando su satisfacción en complacerle, contestó concediéndole lo que pedía, bien ajeno de sospechar el intento del sagaz general español.

Hernan Cortés, contento de la buena disposición del monarca azteca, se dispuso para hacer el reconocimiento que anhelaba.

Los pensamientos que preocuparon su mente después de haber examinado, con ojo escudriñador, la grandeza y situación de la ciudad, nos lo dirán los actos posteriores del general castellano.